LA LUZ SÍ ES ESPERANZA

*Fausto Pretelin**

Querido profesor De la Isla, con admiración y afecto le agradezco haberme invitado para participar en este evento. En realidad, soy un simple hijo de mis circunstancias, de mi tiempo. Un recurrente peatón de la historia que resbala en cada esquina. Pero debo reconocerle que, desde el día que me invitó, me sentí muy entusiasmado por la enorme bondad que siempre lo ha caracterizado.

“Me parecía que la tierra no hubiera sido habitable si no hubiese tenido a nadie a quien admirar”, decía Simone de Beauvoir. La admiración es la utopía más real; la sorpresiva luz que aparece en medio de las penumbras; la perplejidad personificada; el segundo de esperanza que termina con el tiempo de la angustia.

Al comenzar a leer *De esclavitudes y libertades* me imaginaba ingresar a un túnel del tiempo que me transportaba treinta años atrás. Aquel profesor que caminaba sobre las calles de la colonia Roma con libros de color amarillo bajo el brazo hoy sigue siendo más amigo. Él es el mismo. Uno puede estar carcomido por las circunstancias pero él es el mismo. Uno puede ser mitad marioneta y mitad humano pero él es el mismo amigo bondadoso y generoso. Uno puede ser seducido por los disfraces que cubren los deformados rostros de la banalidad pero él es el mismo. Uno puede ahogarse en el océano de dudas pero él brucea sobre las cristalinas y apaciguadas aguas de la ética. ¿Quién habla de ética en 2006? Uno puede interpretar el papel del esclavo

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

hegeliano pero él siempre se recrea con su espíritu quijotesco. Porque como decía Leon Blum, “el hombre libre es el que no teme ir hasta el final de su pensamiento”. Él siempre llega a la meta. Su camino es recto. No se desvía por las infinitas trampas de la posmodernidad. Uno puede ser personaje nihilista de Michel Houellebecq pero él sigue siendo el profesor que vive en la mansión de la dialéctica. Conversa, reflexiona y, lo importante, escucha. Su taller es el pensamiento y su herramienta la palabra. Sus lúcidas y benévolas obsesiones son la libertad y la ética.

En *De esclavitudes y libertades* observo las antípodas del ser humano. Vivir como esclavo es vivir sin compromisos. Vivir libremente es, quizá, vivir angustiado.

De esclavitudes y libertades. Un libro-espejo que refleja la reflexión de un hombre que cree en el hombre. Un libro que representa a los coloridos y alegres campos de la ética que, con mayor frecuencia, son agredidos por el hombre. Un libro que es el pizarrón de sus reflexiones. De quién más. Del profesor De la Isla. La educación, su pasión. Detrás de cada palabra hay una emoción que viste la racionalidad de sus juicios.

162 | Al caminar la vista sobre las líneas del libro se escucha una especie de tonos que nacen en una maravillosa orquesta sinfónica. Hay armonía vivaldiana pero también se escuchan tonos wagnerianos. La vista ingresa a majestuosos campos verdes donde corren libremente los valores de la ética pero también el libro nos presenta advertencias: líneas laberínticas, palabras-candado y juicios-celda, donde queda atrapado el hombre posmoderno. Hay llamados de atención pero también sublimes susurros. Uno termina abrazando y, finalmente, fundido en la lectura. Debo reconocer que, conforme recorría los párrafos, me empequeñecía. El tamaño de las letras crecía precipitadamente. Quedaba atrapado entre la palabra esclavitud pero me liberaba con el oxígeno de las utopías generadoras de perplejidades. Angustiado, tal vez recurrí en varias ocasiones a la imaginación. Ese enorme misterio que se origina en el alma y nos anuncia que ella, la imaginación, es más veloz que el pensamiento. Me encontraba con Balzac en la siempre

bella *Place des Vosges* parisina y él me recordaba que la conciencia es el juez insobornable mientras no se pervierta. Y caminando por el Boulevard Saint Germain, Albert Camus me advertía que si el hombre fracasa en conciliar la justicia y la libertad, fracasa en todo. Me rebelo. Pues soy.

El primer vector que penetra en *De esclavitudes y libertades* es la educación. Nos recuerda el profesor De la Isla que “la primera prescripción de la ética a la universidad es su compromiso con la verdad por el ejercicio del pensamiento”. Maravilloso gimnasio del pensamiento es la universidad. Sin embargo, en ocasiones los universitarios rechazan la oportunidad de generar una importante musculatura del pensamiento. Escribe el profesor De la Isla: “Muy pocas veces los universitarios (estudiantes, profesores, funcionarios) se esfuerzan en inventar el cambio y menos en promoverlo. La inmensa mayoría de ellos pertenecen a la notable y reducida esfera de los beneficiados, y por eso sensible y apasionadamente procuran la permanencia y fortalecimiento de las teorías, sistemas, políticas y cosmovisiones que han mantenido la fortaleza de los propios privilegios.” ¡Atención con el señalamiento del profesor De la Isla! ¿Por qué temer al cambio? ¿Por qué el miedo a la maravillosa (parafraseando a Saramago) revolución de la bondad que se ejercita con el libre pensamiento?

No se equivoca el profesor De la Isla cuando describe el dilema de la universidad: degradación mercantil o humanización y dignidad. Escribe: “Miles de universidades en el mundo son sumisas y favorecen las políticas oficiales para recibir más subsidios; los programas académicos se rigen por la demanda; los contenidos, hasta en materias optativas, están minuciosamente diseñadas de acuerdo con las necesidades y preferencias del mercado de las profesiones.” “La otra opción, la de la ética universitaria, la de la universidad como inteligencia crítica de la sociedad, como recinto de humanidad y de dignidad, la de la universidad que sirve inmensamente a la sociedad con la generación del saber, con la transmisión y proyección de la verdad.”

El segundo vector que penetra en *De esclavitudes y libertades* es la ética. Al parecer la gran ausente del siglo XXI; la derrotada por

el nihilismo; por el *zapping* mercadológico; por las entelequias que colonizan nuestro cerebro; por los intangibles que nos controlan; por la clausura de las fábricas debido a que los empresarios descubren que la competencia se da en la mente de los consumidores por lo que la publicidad es la estrategia más *cool* para llegar al mercado objetivo. La ética derrotada por la frágil república del poder descubre que la publicidad ha dado un golpe de estado global; ha descubierto que la máxima kantiana, “obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse por tu voluntad, ley universal de la naturaleza”, se ha convertido en una frase subversiva.

El profesor De la Isla describe el fenómeno del apareamiento de la plutocracia con la mediocracia como un sucedáneo de la publicidad. Me recuerda las advertencias que hace Ignacio Ramonet sobre el silencioso avance de los monopolios del pensamiento revestidos de simpáticas reverencias hacia el ‘amable’ tele-auditorio. El cliente siempre tiene la razón, dicen los mercadólogos, y yo agregaría, sobre todo cuando se entrega a nuestros brazos mediáticos.

Y el tercer vector que penetra en *De esclavitudes y libertades* es, precisamente, la libertad. Y bien escribe el profesor De la Isla que la libertad es una palabra “tan defendida y ofendida, amada y despreciada, creativa y destructiva, acusada y perseguida”. Para Borges la libertad es una ilusión necesaria. Pero tal parece que en los nuevos catálogos del siglo XXI ya no se incluyen las ilusiones como vehículos libertarios. Ahora, las instrucciones para ser feliz son las siguientes:

Trate de ser igual que ayer.
Imagine el país en el que vive su político de cabecera.
No apague su televisor.
Evite sentir.
Siempre obedezca a los líderes de opinión.
No arriesgue, mejor tema.
Compre cápsulas de miedo en su farmacia favorita.
La inteligencia secuestra, no le abra la puerta.
Evite los diccionarios.

Si sospecha de alguien, repórtelo al departamento de hedonismo, le enviaremos un técnico especialista.

Viva de percepciones; consulte a los publicistas si no llegan.

Con mayor frecuencia nos parecemos a los productos. Somos mimos de sus ciclos de vida; tal pareciera que un control remoto se ha instalado en nuestro cerebro. El *zapping* es la nueva ludopatía. La neurosis del cambio de canal traspasa fronteras espirituales. Cambiamos de casa, de coche, de imagen, de pareja. El psiquiatra Serge Hefez declaraba que “muchos de nuestros contemporáneos se hallan obsesionados por la obligación de cambiar y se sienten aterrorizados ante la idea de que, no siendo así, su vida carecerá de sentido... De hecho, como a menudo no es tan fácil cambiar de trabajo, de ciudad o de país, se empieza generalmente por cambiar de pareja. En la treintena muchos jóvenes se sienten intensamente involucrados en su trabajo, viven la estela de su relación amorosa y acaban de tener un niño. ¿Por qué dicen querer separarse? No porque su pareja se encuentre en crisis ni porque se amen menos... sino porque sienten que sería intolerable una vida sin cambios, sin otras historias de amor, sin otras experiencias”. Tenía razón Montaigne cuando decía que: “En mi opinión es necesario prestarse al otro pero no darse más que a sí mismo”. La historia ha venido a darle la razón.

Querido profesor De la Isla:

En el infinito de la vida lo que al final de cuentas valoro son los momentos que me hacen sentir el valor de los segundos, de la vida. De la colonia Roma a las aulas del ITAM. De los juegos de fútbol en el parque México con sus hijos David y Eduardo al reconocimiento en ellos de su persona. Porque, efectivamente, en su familia lo veo a usted y en usted veo a su familia. Qué mejor ejemplo de la ética familiar.

No nos deje de obsequiar perplejidades.

Ciudad de México, 20 de abril de 2006.